

V. LA IGLESIA, ORGANIZACIÓN, OBRA Y DESARROLLO

En torno de una sola provincia eclesiástica, la de México, creada por bula de Paulo III en 1546, se desarrolló la Iglesia novohispana desde ese año hasta el de 1821. En el siglo XVI habían sido erigidos los obispados Carolense (Tlaxcala-Puebla), México, Oaxaca, Michoacán, Chiapas, Guadalajara y Mérida de Yucatán. En 1546 se estableció el arzobispado de México, por lo que las diócesis mencionadas dejaron de ser sufragáneas de Sevilla y pasaron a serlo de México al igual que las que después se erigieron. En el siglo XVII creóse otro obispado más, dependiente también del arzobispado de México, que fue Durango (1620), cuyo primer prelado fue Gonzalo de Hermosillo y Rodríguez. Su jurisdicción comprendió el norte del país al abarcar Durango, Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Nuevo México, Coahuila; Parras hasta Patos, y en Zacatecas, Nieves y Sombrerete, esto es, parte de lo que había pertenecido al obispado de Guadalajara. En 1681 las Californias, que también administraba esa diócesis, pasaron a depender de Guadalajara, lo cual se confirmó en 1731.

En el siglo XVII Nueva España contó con notables prelados distinguidos por sus virtudes, prudencia política, obra apostólica y constructiva. No todos se encuentran en el primer rango como algunos del siglo XVI, mas su obra, sin ser tan espectacular, sí afirmó la acción evangelizadora y civilizadora que la Iglesia realizó en México. Algunos de ellos fueron Francisco de Aguiar y Seijas (1682-1698), a quien se debe la fundación del seminario de México y cuidadosa visita a su arzobispado; Juan de Palafox y Mendoza (1640-1655), el prelado más prestigioso de este siglo por su obra constructiva y labor política. Recorrió en varias ocasiones su inmensa diócesis dejando pormenorizado informe de su estado espiritual y material; edificó la catedral de Puebla en lo que puso todo su entusiasmo. En ella dejó impreso el estilo y gusto de una época: sobrio y enérgico. Hizo construir diversos colegios: San Juan, San Pablo, etcétera, notables focos de cultura a más de asiento de su seminario y a los cuales donó preciada biblioteca. Creó el convento de Santa Inés y el Colegio de Niñas de la Concepción; fomentó las instituciones ascéticas como las de los carmelitas; escribió catorce amplísimos volúmenes de obras teológicas, jurídicas, de espiritualidad y aun de enseñanza del idioma; puso las bases firmes de un regalismo que afianzaba el poder del Estado sin menoscabar a la Iglesia y peleó con la Compañía de Jesús como forma

de dejar bien sentados los derechos diocesanos, el papel del obispo y la necesidad de una organización controlada. Fue Palafox el mejor político del siglo por su formación jurídico-política, por el análisis de las condiciones generales de la Nueva España a las que vio con honrada y para cuyos males propuso remedios acertados.

También fue obispo de Puebla Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún (1677-1699), notable predicador y benefactor de conventos de religiosas; promotor de la educación, pues formó varios colegios en Puebla y Atlixco, y protector de las mujeres para las que creó varias casas de recogimiento. En Oaxaca tenemos a don Alonso de Cuevas y Dávalos, primer criollo que llegó a ser arzobispo de México, quien con prudente tino intervino en la rebelión de Tehuantepec; Nicolás del Puerto (1679-1681), a quien se deben obras benéficas y religiosas, así como Isidro Sariñana (1684-1696). Estos tres últimos prelados fueron criollos que arraigados a la tierra, trabajaron honesta e incansablemente en el servicio de las almas, pero también de las causas materiales que beneficiaban a su grey. En Michoacán destacó fray Marcos Ramírez de Prado (1640-1666), a quien se debe la obra de la catedral, el convento de Santa Catarina y valiosas obras de beneficencia como hospitales y casas para pobres a quienes auxilió copiosamente, principalmente durante la peste de 1643. En Yucatán figuró otro criollo, fray Gonzalo de Salazar, hijo del factor del mismo nombre. Consagróse a la enseñanza bilingüe de los niños mayas y afirmó su diócesis. Juan Cano y Sandoval fue otro notable y diligente pastor que favoreció la instrucción del pueblo.

Si en estos prelados podemos advertir la realización de una obra esencialmente apostólica, hay otros, con Palafox a la cabeza, que estuvieron encargados del gobierno político, como García Guerra (1611-1612); Marcos de Torres y Rueda (1648-1649); Diego Osorio de Escobar y Llamas (1644); Payo Enríquez de Rivera (1673-1680); y Juan de Ortega y Montañez, primero en 1696 y luego en 1701. Haciendo a un lado a Palafox, cuyos alcances aún no han sido estudiados del todo, los restantes fueron pastores elevados al cargo de virrey en momentos difíciles o cuando no se tuvo a la mano a otra persona. Actuaron prudentemente y en beneficio del pueblo. Su honesto manejo de los negocios contrasta con el descuido y despilfarro de administradores civiles. Si no todos tuvieron la energía de Palafox, sí contribuyeron ampliamente a la resolución de los problemas políticos y administrativos que Nueva España tuvo en esa época. Su labor fue de asentamiento, de organiza-

ción, más que una obra de lucha creativa como la que realizaron Zumárraga, Garcés, Quiroga y Moya de Contreras el siglo anterior. De éstos recibieron unos principios y una doctrina y sobre ellos edificaron celosamente una organización administrativa eclesiástica que si bien fue poderosa, no tuvo siempre el espíritu evangélico anterior.

Si la política española permitió como *cum granum salis* que los criollos fuesen ocupando poco a poco algunas prelaturas, no abrió las puertas por entero a todos los pretendientes, pese a las recomendaciones que en su favor hicieron las autoridades civiles, entre otros, el marqués de Cerralvo, quien afirmaba que ser naturales de México no les imposibilitaba, antes bien, con el amor a la tierra y a sus naturales, la importante posición de su familia que les impediría actuar mal y, además, la templanza y medios más corteses, les llevarían a actuar con más tino. En ellos no había el deseo natural de volver a su patria y de auxiliar a sus familiares y obtener prebendas o mejores cargos fuera. Cuando se adaptó la sana medida de movilizar de una sede a otra a los criollos, por lo cual varios fueron a dar a otras diócesis hispanoamericanas, esta política resultó acertada tanto para los criollos que pudieron distinguirse en el cumplimiento de su misión, en medios más afines a ellos, como para la feligresía, que era atendida con un espíritu fraterno. Honda huella dejaron prelados mexicanos en diversas diócesis que tuvieron a su cargo. Algunos llegaron a ocupar puestos de distinción cerca del rey, quien atendía sus indicaciones y consejos. También hay que tomar en cuenta que algunos prelados españoles llegaban en edad madura, lo cual les imposibilitaba para atender y recorrer sus enormes diócesis. Por ello hubo varios que descuidaron su misión, que desesperaron de su acción y cuya presencia no fue nada positiva.

Nos hemos referido ya a cómo dentro de las órdenes religiosas el sistema de la alternativa favoreció el ingreso a los puestos dirigentes a los criollos, los cuales poco a poco comenzaron a tener mayoría en ellas. Si en algunas predominaron los americanos, en otras los peninsulares fueron bastante celosos para no dejarse arrebatar los mejores oficios. Es en el siglo XVII en el que esa disputa tiene sus momentos críticos, pues es el momento en que la población criolla crece, madura y busca una salida a sus inquietudes. La creación de los seminarios tridentinos en diversas diócesis favoreció la formación del clero nativo, el cual pronto mostró su madurez intelectual, su capacidad no sólo para dirigir almas sino para penetrar en el campo de la ciencia en

todos sus aspectos y aun incursionar en el terreno de la más pura espiritualidad, como lo hace sor Juana, al lado de su creatividad poética.

Conventos, seminarios, monasterios de religiosas albergaron a la juventud criolla en busca de una salida a sus inquietudes espirituales, intelectuales y materiales. En ellos se formó la intelectualidad novohispana, los misioneros del norte del país, los dirigentes de la Iglesia novohispana que obtuvieron curatos, dignidades en el cabildo y aun el posible nombramiento episcopal a través de duros y continuados estudios, de disputadas oposiciones reveladoras de la perseverancia de sus esfuerzos y de su aptitud intelectual. Ellos rivalizaron con los familiares de los obispos peninsulares que les cerraban el paso, pero entre los cuales es dable encontrar relevantes personalidades que aportan su prestigio y saber a la Iglesia nacional. Las dignidades que los criollos hispanoamericanos también obtuvieron en la Corte permitieron el paso de eminentes polígrafos, eruditos como Juan González de León, hermano de Antonio y de Diego de León Pinelo, quien después de haber deleitado a los palaciegos españoles con sus barrocos sermones, vino como canónigo a Puebla en donde murió hacia 1644, dejando importante producción. En los institutos eclesiásticos se formó Bernardo de Balbuena, gloria de las letras mexicanas; Francisco Bramón, autor de la primera novela, *Los Sirgueros de la Virgen*; Arias de Villalobos, poeta e historiador interesado antes que Sigüenza y Góngora en la historia precortesiana. Los estudios médicos deben mucho a Pedro Farfán y la ciencia natural a fray Francisco Jiménez por su *Tratado breve de medicina* y *El cuarto libro de la naturaleza*. Sin embargo de ello, fue un estudiante de los colegios jesuíticos, Carlos de Sigüenza, polígrafo eminente quien resumió en sí el saber de toda su época: poeta, cosmógrafo, historiador, astrónomo, matemático, etcétera; en todas las disciplinas descolló. Su figura admite comparación con la de los eruditos europeos de la época por su amplitud y profundidad, por la síntesis armoniosa de su saber expresado con una sensibilidad delicada y un refinamiento que se dio en el espíritu criollo. De su misma época tenemos a sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa, mujer en quien se sublimó aguda inteligencia y fina sensibilidad que la hicieron superarse. Si su producción literaria es conocida, no se le ha estudiado suficientemente en otros campos como el de la espiritualidad, la música y varios más que cultivó con esmero. Juan Ruiz de Alarcón, quien en medio de seres tan selectos como Tirso de Molina, Lope de Vega y Francisco de Quevedo adquirió bien cimentado prestigio, y el

pintor Francisco de Villalpando son otros grandes ejemplos de las gigantescas personalidades, que entre muchas otras menos conocidas o menos brillantes se formaron dentro de las instituciones culturales eclesiásticas. Su valor excede por amplitud y fuerza al de otras brillantes generaciones, aun las de mediados y finales del siglo XVIII novohispano.

En cumplimiento de su misión apostólica encontramos seres como fray Diego Franco, fray Cristóbal de Quiñones y fray Jerónimo de la Llana, de familias próceres que prefirieron predicar el Evangelio entre los infieles de Nuevo México, para quienes construyeron misiones y a quienes enseñaron artes y letras, y no los placeres que halagaban su juventud en la capital. Por todos lados encontramos a estos santos criollos que en el siglo XVII llegan a los altares, como demostración de que el supremo valor, el de la santidad, no les era desconocido ni inalcanzable. Si en las disputas teológico-jurídicas y filosóficas descollaban y asombraban, también podían alcanzar en el cielo los mejores lugares. Este hecho, que se convirtió en convicción, va a representar una de las bases más importantes del optimismo criollo y uno de los pilares de su conciencia nacionalista.

Es indudable que en este siglo ya no tenemos figuras tan relevantes como la de Gante, Quiroga, Motolinia, Olmos, Sahagún, pero existen personajes extraordinarios en todos los campos cuya labor ignoramos. De misioneros criollos tenemos una pléyade maravillosa, así como de intelectuales: científicos y humanistas que se plantean otro tipo de problemas, diferentes a los de aquellos que tienen otras inquietudes y que actúan en forma diversa, aun cuando siempre y en su mayor parte tratan de cumplir la obra evangelizadora y civilizadora de los primeros tiempos. Si Gante, Molina y otros desvelábanse elaborando cartillas para los primeros neófitos de México, los franciscanos criollos del siglo XVII, entre quienes iban denodados indios tlaxcaltecas, llevaban cientos de cartillas, impresas aquí o traídas de la metrópoli, lo mismo da, para catequizar y enseñar a los naturales del septentrión en Nuevo México. A tres siglos de distancia se puede observar el impacto y valor que aún tienen esos instrumentos de fe y cultura. Todavía más lejos, a predicar el Evangelio a Japón, fueron varios criollos como fray Bartolomé Gutiérrez y otros muchos, sacrificados en Nagasaki, así como fray Nicolás de Rivera, muerto por los protestantes en Jamaica en 1658.

No en balde en los libros de profesiones de la mayor parte de los conventos después del nombre, el cronista incorporaba la palabra

“criollo” o más tarde las de “gloria criolla”. Resultaba un orgullo y un estímulo para el grupo esa inscripción.

Los monasterios femeninos no eran tampoco simples casas de encierro. En ellos, a más de dar a la mujer honesta y útil salida a su vida, recogíanse doncellas criollas que estudiaban, distraíanse sanamente, consagrábanse a la música, a la pintura, artes manuales, pero también aprendían muy bien el latín, la teología y filosofía y podían consagrarse posteriormente a la enseñanza. Eran, a más de casas de auténtica y profunda oración, hogares de las mujeres para quienes el matrimonio no era la solución. Para algunas descarriadas o desorientadas las casas de recogidas les proporcionaban medios de cambiar de vida, de orientarse en el mundo.

Sin descuidar la labor misional que se seguía realizando en muchas partes del territorio, la Iglesia creó en esta centuria una organización fuerte, trabada, que a más de expandir la fe, creaba una conciencia del valor humano y de la importancia que significaba para la colectividad reforzar la fe en sí mismo, en los valores personales y en los valores que la propia cultura iba cristalizando poco a poco.

Si el siglo XVI fue el siglo de las grandes construcciones religiosas, ejecutadas en su mayoría por los frailes arquitectos, cuyo prototipo fue fray Juan de Alameda, construcciones levantadas por el espíritu de la época a manera de fortalezas, para lo cual nunca sirvieron, pues fueron sólo fortalezas de la fe, el siglo XVII fue el de los conventos de monjas, de los hospitales, de los colegios-seminarios. Mayores en número y menos grandiosos en su fábrica, los miles de edificios levantados para esos fines revelan un espíritu de maduración, formativo, en donde alma y espíritu adquirían sus naturales dimensiones, a la vez que una reciedumbre espiritual e intelectual sobresalientes. El siglo siguiente será nuevamente un siglo esplendoroso en el que fructifica cuanto germinó y maduró en el anterior. Siglo resplandeciente en el que se terminan las grandes catedrales y en el que la ostentación de sus dorados retablos muestra más el rostro que el alma y el corazón de la sociedad y la Iglesia novohispana, que habían madurado en la centuria decimoséptima.

Otra observación que nos surge es la siguiente: en el siglo XVI el clero regular adquirió por su obra y valía un lugar prominente en la sociedad novohispana, una influencia decisiva en todos los órdenes, lo que despertó el celo y suspicacia del Estado. Al tornarse más absoluto y centralista el poder, por la vía del Patronato, aquél decidió

disminuir la influencia de los regulares más adeptos y obedientes a la Santa Sede que al trono, lo que no ocurría con los seculares. Uno de los medios empleados para ello consistió en dejarles la misión evangelizadora pero quitándoles la conexión político-administrativa con la sociedad que ejercían a través de su acción parroquial, por el control de la población a través de los registros y entregar esta función a párrocos seculares que eran los representantes del Estado. Una obra secularizadora se inició desde el siglo XVI, privando a los religiosos de esa misión que hasta entonces habían tenido, lo que provocó numerosas conmociones y controversias. En el siglo XVII esa tendencia creció y así el obispo Palafox que la sustentaba secularizó en su diócesis, Puebla, 36 parroquias que entregó a clérigos. Ese mismo afán le llevó a hacer sentir a los jesuitas la autoridad del diocesano por sobre toda otra, lo cual significaba que se anteponian los derechos del Estado a los de la Santa Sede o la Congregación. En esta centuria se exacerba esa política que llega en años posteriores a un exceso. Por otra parte, el ciclo de las órdenes regulares estaba cumplido y aquí como en otros países tocaba al clero secular realizar su acción apoyando la política estatal.

Estas diferencias no estorbaron el hecho de que la Iglesia en general siguiera concentrando en sus manos, ahora más numerosas y necesitadas, buena parte de las riquezas del reino, fundamentalmente la propiedad territorial.